

Márgenes del espacio/márgenes de la literatura: crónicas en el Río de la Plata.

Mercedes Alonso
Facultad de Filosofía y Letras, UBA

*Todo lo que pueda decirse sobre el Delta será
poco.*
(Walsh, 1969)

*La vida en la isla es terrible. Todo lo que se diga
es poco.*
(Domínguez, 2002)

Resulta ya un lugar común la afirmación de que la Argentina carece de una tradición literaria vinculada al Río de la Plata. Sin embargo, cada vez que se señala su ausencia es porque algún texto –o una serie de textos– parecen reclamarla. Algunos ejemplos bastan para probar la contradicción. En un texto sobre *Sudeste* de Haroldo Conti, Jorge B. Rivera (2000) señala esta carencia pero, para insertar al texto de Conti en una tradición, aunque marginal, organiza una serie que abarca desde Marcos Sastre hasta Luis Gudiño Kramer. Probablemente el de Rivera sea el único texto propiamente crítico al respecto, los otros ejemplos corresponden a escritores que encaran la escritura sobre la zona del Río de la Plata señalando la ausencia de una tradición pero organizando series de precursores, tradiciones en las que se incluyen para continuarlas o cuestionarlas. Lo hace Juan José Saer en *El río sin orillas* (1991), donde además de los viajeros del siglo XIX señala a J.L. Ortiz como el gran escritor del río, en cuya línea se coloca; lo hace Carlos María Domínguez en *Escritos en el agua* (2002), donde la figura elegida es Conti, y lo hace Juan Bautista Duizeide en *Crónicas con fondo de agua* (2010), en las que la tradición se ensancha porque además de precursores – Conti y Walsh– incluye contemporáneos – Domínguez, C.E. Feiling, Daniel Ortiz.

Es verdad que la tradición no existe como tal pero es tarea de la crítica organizar los textos dispersos de manera tal que sean visibles con sus relaciones, continuidades y rupturas. Me concentraré entonces en cuatro escritores que configuran dos momentos de una posible tradición de la literatura consagrada a la zona comprendida entre el Río de la Plata y el Delta del Paraná: el momento de los “precursores”, con la crónica de Conti “Tristezas del vino de la costa o la parva muerte de la isla Paulino” (1976) y “Claroscuros de Delta” (1969) de Rodolfo Walsh y un momento más actual, con los libros de crónicas de Carlos María Domínguez – *Escritos en el agua. Aventuras, personajes y misterios de Colonia y el Río de la Plata* (2002) – y Juan Bautista Duizeide – *Crónicas con fondo de agua. Vidas secretas del Río de la Plata* (2010).

Los cuatro textos no comparten solamente el territorio que los motiva sino una mirada sobre él como un espacio extraño, literalmente al margen, que puede ser explorado por cronistas que pretenden hacerse parte de él en busca del único recurso que ninguna catástrofe natural o económica le impide seguir produciendo: las historias. A la vez, los cuatro comparten la focalización en las islas que no son sólo un accidente geográfico propio del espacio del río sino el territorio extraño – aislado– por excelencia. En Conti y en Walsh esto sirve para situar allí una representación a escala del país: en el espacio marginal son visibles las repercusiones de lo que sucede en el continente, como un modelo a escala del espacio de la nación.

Domínguez y Duizeide recuperan esos espacios a través de la elección de precursores – especialmente de Conti desde la nota de *Sudestada* n° 37 (abril 2005) que los reúne a los dos mientras Jaime Galeano, Walter Marini, Hugo Montero e Ignacio Portela recrean el viaje de Conti a la isla Paulino. En los proyectos personales, sin embargo, los itinerarios se bifurcan. Domínguez elige como centro de *Escritos en el agua* otra isla de Conti, la Juncal, a la que llega guiado por “Memoria y celebración”, uno de los “Homenajes” que cierran *Balada del Álamo*

Carolina (1975). Esta otra isla ya no es una representación de la nación sino el caso testigo de un espacio – el río, las islas, las costas – que explora en estas crónicas y en la novela *Tres muescas en mi carabina*. En la elección de la Juncal sobre la Paulino se juega un elemento central de su proyecto narrativo: ubicada en el kilómetro cero del Río de la Plata, la Juncal es un territorio intermedio entre la Argentina y el Uruguay, un desafío a las fronteras políticas. Duizeide, en cambio, se queda con la Paulino pero ante el fracaso de reconstruir lo que vio y escuchó Conti aglomera en torno a ese espacio las “vidas secretas” que pueblan el espacio. En *Crónicas con fondo de agua* hace converger las historias de vida de personajes vinculados al río de manera diversa de manera tal que la crónica propiamente dicha se cruza con la autobiografía y la crítica literaria cuando el vínculo con el río es de aquellos que escriben sobre él.

Los dos, sin embargo, comparten el interés por la construcción de un espacio narrativo y la proliferación de relatos que los lleva desde las crónicas aisladas de sus precursores al libro. Son ellos quienes encaran este espacio narrativo como centro de sus proyectos creativos y es a partir de ellos que la tradición literaria puede construirse, hacia atrás, para incluir las crónicas de Conti y Walsh.

La nación en la isla: Walsh y Conti en el río.

En la tradición literaria universal, la isla es siempre un espacio escindido del resto del mundo y, como tal, un territorio donde pueden proyectarse las aspiraciones o los miedos que se originan en tierra firme (Matamoro 2009). El anclaje espacial de la utopía, para Fernando Ainsa (1997) es siempre remoto, puesto que sólo la presuposición de un espacio ideal inaccesible garantiza su credibilidad. En las crónicas de Conti y de Walsh, la isla está al mismo tiempo dentro y fuera de la nación: su aislamiento la mantiene alejada de sus instituciones y su organización pero dentro del mismo orden socioeconómico. En su aislamiento, la isla reproduce la nación y le permite al cronista representarla. Entrar a la isla es salir un poco del mundo y los dos cronistas, cuando emprenden las investigaciones para escribir sobre esos espacios, pretenden integrarse a ellos, participar de la vida en el lugar extraño. Sin embargo, inevitablemente retienen un grado variable de extranjería y ajenidad: la isla es siempre un espacio cerrado, no sólo por su geografía sino por los rasgos de identidad implicados en la pertenencia a él, sobre todo en términos de clase.

Si Conti (1976: 51) puede afirmar “todavía me pregunto si verdaderamente estuve allí” es porque, como territorio inexplorado por excelencia, las islas son espacios ambiguos, propensas a la leyenda incluso en crónicas que pretenden mostrar su realidad, sus condiciones materiales de vida. La justificación de la paradoja es que la inestabilidad del territorio es un dato de la realidad: la Paulino “no existe de jure” (51) y sus habitantes, ajenos a las leyes, “se rigen por la costumbre” (53). Fuera de cualquier regulación jurídica, leyenda e institucionalidad se concentran en una sola figura: Paulino Pagani, fundador del recreo Pagani, origen del nombre que le da la costumbre –el legal es Monte Santiago Este– y “la más firme institución de esta tierra de vejees” (54). Lo único sólido está en el pasado: “todos viven de recuerdos, de la isla que fue y hablan de los tallarines de Pagani o del vino de la costa, que ya casi no se cosecha, y de la gran creciente del ‘40” (52). La creciente es la segunda leyenda que destierra al pasado glorioso del recreo con el que arrasa, “es el acontecimiento más notable de la isla” (52) porque funda el orden actual, la carencia de instituciones y la catástrofe económica.

Los mismos elementos están presentes en la crónica de Walsh sobre el Delta: la leyenda de los pioneros emprendedores y la también legendaria desgracia de la crecida del '59. La ambigüedad se resume en una sola sentencia: “los paraísos perdidos crean su leyenda de terror” (Walsh 2008b: 339). Sin embargo, la crónica indaga en las dos leyendas para desarmar la oposición. Sobre los pobladores, el cronista confronta “las dos vertientes del destino en las islas” (344) en una sola imagen metonímica: las lápidas de mármol junto a las cruces de madera en el cementerio. La contraposición es entre la leyenda de los pioneros inmigrantes –quienes “alcanzaron la cima de la obstinación, de una locura heroica que provoca la sonrisa de sus

descendientes” (341) – y el fracaso de los pobladores criollos. El subtexto meritocrático de esa leyenda se desmorona frente a la comprobación de que los últimos fracasaron porque no recibían créditos del Estado.

La segunda versión es sobre la catástrofe natural y aparece explicitada en los testimonios: Sandor Mikler dice que “No es justa la imagen desastrosa que le crean los periodistas porteños [al Paraná]” (Walsh 2008b: 346). El cronista establece una alianza con a la versión local: escribir en contra de la versión oficial es también actuar en contra de una identidad que se rechaza, la del sujeto voluntariamente ajeno a la realidad local. Pero negar, o al menos matizar, la “leyenda negra” de la inundación también implica buscar otras causas de la cara oscura del Delta. El avance hacia afuera de esa versión es gradual. Primero, “las inundaciones no son la única catástrofe natural que puede acechar al isleño” (346), también están las plagas y las heladas que destruyen las cosechas. Segundo, si la isla está abandonada al influjo de la naturaleza es porque no la sostiene ninguna otra entidad, porque “las calamidades no siempre son meteorológicas” (346). La isla sufre las crisis económicas igual que el país al que pertenece aunque permanezca al margen. En ese sentido, el cronista propone otra versión en contra de “un disparate heredado por los cronistas [que] pretende que el Delta es visitado anualmente por 3000000 de turistas” (347). A la versión que circula fuera de las islas, Walsh le opone los testimonios que recuerdan tiempos mejores y, sobre todo, la idea de uno de los pobladores que vincula el turismo con la situación económica del país y con la falta de voluntad de las autoridades y los particulares.

En el espacio reducido de la isla estos dos cronistas hacen visibles las problemáticas de un orden socioeconómico que afecta, al menos, a todo el país. Otra crónica de Walsh–“La isla de los resucitados” publicada en *Panorama* n°37 en junio de 1966–, si bien excede la zona del Río de la Plata y el Delta, permite darle relevancia al modo en que se piensa el espacio de la isla. La Cerrito, colonia de leprosos situada en la selva chaqueña, es la Argentina: “reproduce el mundo exterior [...] los sueldos se atrasan, la ropa no llega, la comida es mala” (Walsh 2008a: 174). Esta crónica es el ejemplo más extremo de cómo un mundo aparece en el otro, lo que se refuerza por el hecho de que se trata de una comunidad verdaderamente cerrada. La investigación sobre el espacio más alejado permite deslizar la denuncia, pero no se trata de cifrar un mundo en el otro sino de condensar el contexto mayor al que se remite permanentemente: los problemas de la isla no son sólo regionales, son la repercusión local de los problemas nacionales.

La crónica construye sentido moviéndose entre los dos niveles, lo micro y lo macro. La isla permite hablar del orden nacional o incluso del orden mundial de la misma manera en que los testimonios individuales ingresan como indicios de una realidad más amplia aunque no por eso pierdan su particularidad. Con el territorio sucede lo mismo: las islas aparecen como tales, con sus particularidades geográficas, económicas y humanas pero insertas en un contexto mayor que les da sentido. Especialmente en el caso de Conti, en quien la fascinación por el espacio es mucho mayor desde los lugares que “se incorporan a los adentros” (Conti 1976: 51) hasta la certeza desgarrada de no pertenecer a ese territorio, la isla no pierde sus vínculos con el resto del mundo. El descubrimiento de la isla es la comprobación de su inserción en un orden que la excede. El primer personaje y el primer testimonio que aparece en “Tristezas” es precisamente el que los hace ingresar a la isla. El relato y la experiencia comienzan a través del Bocha Tesorieri que los lleva en la lancha Santa Teresita. En ese recorrido se condensan los dos órdenes: mientras en el testimonio él afirma que la plata no alcanza, la mirada del cronista revela que eso no es un problema local: “Pasamos frente a las oxidadas ruinas del frigorífico Armour y hay una mención, de las mil que habrá, a otros tiempos, a otra Argentina” (52).

Hasta aquí resulta claro que no se trata, ni mucho menos, de islas ideales. Sin embargo, en su realidad – que habilita la escritura de textos que pretenden abordar lo concreto- presentan vestigios del doble anclaje temporal de la utopía (Aínsa 1997): el pasado entendido como Edad de Oro - presente en los relatos de los pobladores más viejos- y el futuro como esperanza de cambio, en relación con la recuperación de los rasgos salientes del pasado. En ese sentido, en las

crónicas de Walsh y en la de Conti, la experiencia del espacio termina en denuncia. Las de Walsh son contundentes. En “La isla de los resucitados” hay dos: una bien particular – el intento ideado por el gobierno y los partidos políticos chaqueños de convertir a la isla en un lugar turístico– y otra bien general – la miseria del noreste como causa última de la lepra. Los dos órdenes reaparecen en “Claroscuros” aunque dispersos en las carencias mencionadas a lo largo de la crónica: la falta de incentivos reales al turismo y a la producción. A la vez, los testimonios esperanzados de algunos emprendedores no hacen sino confirmar la verdadera carencia. Si “El espíritu de los pioneros parece revivir en las islas” (Walsh 2008b: 351) lo que sigue faltando es el estímulo que tampoco tuvieron los primeros pobladores criollos. No en vano, la primera frase de la crónica afirma que el Delta “espera ser conquistado por segunda vez” (339). La denuncia de Conti en “Tristezas del vino de la costa” es un resumen de las carencias que se desprenden de los testimonios: “agua, luz, un baño público y una sala de primeros auxilios” (Conti 1976: 56). La utopía futura, se entiende, no sobrevendrá por sí misma; la construcción de estos espacios está en sintonía con el compromiso militante.

En la promesa final de la “meada inaugural” (Conti 1976: 57) en ese baño que ahora falta se juega además otro rasgo de la posición de Conti frente al espacio que aborda: la voluntad de pertenencia. El comienzo mismo de “La isla de los resucitados” señala algo similar: Walsh y Pablo Alonso (su fotógrafo) andan sin guantes y se resignan a que la única defensa contra el contagio de la lepra sea lavarse las manos porque “No había otra forma de hacer el trabajo” (Walsh 2008a: 168). Sin embargo, esa voluntad nunca lo deja pasar por alto que no puede compartirlo todo: “para nosotros habían pasado cuatro días, y para ese correntino aporteñado [Bibiano Acuña, uno de los internos] [...] habían pasado muchos años” (178). La imposibilidad de compartir la experiencia del espacio parece mayor en el Delta: “Aún con el más moderno medio de transporte [...], en ocho días de navegación, los autores de esta nota apenas se asomaron a ese mundo.” (Walsh 2008b: 325). La inmensidad aparece como una de las causas de que “Claroscuros del Delta” sea una de las crónicas de la serie¹ en la que hay menos relato de la propia experiencia. Sin embargo, no es esa la única forma de conocimiento. Todas las crónicas de Walsh abundan en datos concretos. En este caso, la geografía de la isla (humana y natural) y los datos numéricos de la economía local componen un recuadro subtítulo “El Delta en cifras”. Y siempre, como también sucede con la crónica de Conti, lo central, la mejor forma de acceder al conocimiento del espacio, es el testimonio de quienes sí habitan el territorio.

En Conti la experiencia tiene mucho más peso que los datos concretos, si bien estos aparecen incorporados al relato. “Tristezas del vino de la costa” es el relato de iniciación en el espacio: testimonios y datos se organizan en torno a un camino que comienza con un Conti que es uno de “los alejados” que “mal dicen Paulina” (Conti 1976: 51) para referirse a la isla y termina diciendo “nosotros, los de las islas” (56). Ningún momento de ese recorrido, sin embargo, permite olvidar la extranjería que no es sólo espacial sino de clase. “Como otras veces me pregunto por qué mierda la vida me trajo hasta aquí por una escollera averiada, sobre recuerdos y sombras, y no como a ellos, por qué no soy ellos” (55). Esa diferencia no es, en Conti, un límite sino precisamente el punto de partida, de la crónica y de toda escritura, recuérdense sino los desgarrados párrafos que acompañan el artículo “Compartir las luchas del pueblo” publicado en *Crisis* n°16 en agosto de 1974. El segundo –que lleva como subtítulo “Los caminos” y está fechado en septiembre de 1969– traslada al terreno personal lo que aparece desarrollado en el artículo en términos político-intelectuales: por qué y para qué hacer literatura. “Yo hago lo que hago, si efectivamente es hacer algo, como una forma de contarme todas las vidas que no pude vivir” (Conti 1974: 44). Escribir –escribir así– es compartir las vidas del pueblo.

La palabra de los otros es la forma privilegiada de acceso a sus otros mundos. El testimonio entra a la crónica de diversas maneras, o en diversos grados. El de mayor intensidad

¹ En *El violento oficio de escribir*, Daniel Link arma dos series con estas crónicas dedicadas a la exploración de espacios del interior de la Argentina.

es la transcripción en primera persona del recuadro que Conti le dedica – en la voz de Ernesto Domingo Trillo– a la creciente del '40 o las secciones de “La isla de los resucitados” que continúan en primera persona lo que el cronista había comenzado a contar con su propia voz. Cada uno de los “casos” se independiza de la narración principal para contar su historia con nombre propio: “Alcaraz: el desprecio”, “Ramona: el amor”, “Vallejo: la soledad” o incluso “Palamazczuk” que no es un interno sino el médico. Cada uno es una historia, pero cada historia, a la vez, está inserta en el relato del cronista, totalizador aunque no ignore los casos particulares. Ni la crónica es posible sin los testimonios ni los testimonios tendrían un sentido completo si estuvieran desgajados del contexto que les da la crónica donde todos los casos, junto con los datos y la narración, componen una visión de la realidad.

El lugar del cronista como mediador (Ford 1987) o como intermediario (Amar Sánchez 2011) no implica una inocente cesión de la voz: el cronista usa las otras voces para legitimar su versión, sin que eso quite atención a las perspectivas de los entrevistados. El juego es doble, mientras el cronista cede la palabra en favor de los otros, recibe legitimidad de sus testimonios. El máximo grado de imbricación entre la versión del cronista y el testimonio –lo que Amar Sánchez (2011) denomina el “montaje” de la crónica– se encuentra en “Claroscuros...”. Walsh utiliza tres personajes para hablar sobre la caída del turismo; entre ellos, los dos primeros recuerdan mejores tiempos y sólo el tercero ofrece una explicación. Antes de introducir su postura, Walsh (2008b: 347) menciona otras dos, vagas y anónimas: “algunos la atribuyen al peronismo; otros, a su caída”. El remate del párrafo es la tercera explicación de la baja en el turismo, hecha a través de Carlos Jahn pero evidentemente concordante con la que busca el cronista: “Solamente Carlos Jahn [...] se ha tomado la molestia de compilar estadísticas: las alzas y las bajas coinciden con lo períodos de auge o de crisis económica” (347). La voz testimonial sirve a la posición del cronista que usa la fuerza de la posición final del párrafo y la mención de las estadísticas –el dato duro, lo que también usa él– para darle legitimidad.

Pero los testimonios no son las únicas voces diferentes a las del cronista que entran a los textos sino que hay voces que llegan desde otros textos –en sentido amplio– y que marcan el lugar híbrido de la crónica y, habría que agregar, del cronista. Conti ingresa a la Paulino a través de otras representaciones: “La balandra” del Chango Rodríguez y un documental de Roberto Cuervo sobre la isla. En Walsh, la permanente ambigüedad entre querer pertenecer al territorio pero tener conciencia de no poder hacerlo del todo se revela en el manejo de la literatura que se expresa en referencias mínimas pero significativas. Una de las secciones de “La isla de los resucitados” se llama “El milagro secreto” como el cuento de Borges, aunque hable de los descubrimientos médicos sobre la lepra. En “Claroscuros” es más contundente: Walsh cita *Sudeste* de Conti para escribir la crónica sobre el Delta. En ese detalle mínimo se comienza –intencionalmente– a configurar la red que Duizeide y Domínguez van a continuar de manera intensiva y mucho más programática. En ellos, por otra parte, no sólo está la voluntad de establecer estas crónicas como antecedentes de la propia literatura sino de seguir tejiendo esa misma red.

Los hombres de la costa

Los libros de Domínguez y de Duizeide se escriben dentro de la tradición literaria abierta por las crónicas de Walsh y de Conti. En sentido amplio porque continúan el género que ellos, entre otros, contribuyeron a establecer y legitimar en las décadas del '60 y el '70; en sentido restringido porque instalan su literatura en el río que dejan los dos escritores. Sin embargo, tal vez por su compenetración tan singular con el espacio, tal vez por el dato más duro de una narrativa más extensamente dedicada al río, es Conti la figura que los dos eligen como guía. Literalmente, puesto que los dos llegan a las islas siguiendo sus textos. Domínguez viaja a la Juncal siguiendo “Memoria y celebración”, “una referencia literaria de vago pero persistente recuerdo” (Domínguez 2002: 38); Duizeide, en cambio, llega a la Paulino en busca de los personajes entrevistados por Conti. Ninguno encuentra a los protagonistas de los textos en los

que se reparten su herencia. De esa imposibilidad nacen los dos libros: si no se puede reconstruir el mundo entrevisto por Conti, hay que empezar de nuevo: darle al río y a las islas una nueva literatura.

Sin embargo, el mundo registrado por Conti también es irrecuperable porque la realidad es otra en la región y en el país. En ese sentido, los dos prólogos ajustan cuentas con la actualidad. A la devastación económica que mostraban Walsh y Conti, que ya escribían sobre una región en decadencia, se le suma su profundización. Para Duizeide, la devastación es ahora, también, de los recursos naturales –que es, paradójicamente, condición de un desarrollo económico que no incluye a las islas. En el texto de Domínguez la continuidad es mayor: a la devastación económica que liquida los recreos en la década del '70 – que es la actualidad que denuncian los precursores, profundizada por la dictadura que casi no llegan a conocer– se le suma la continuación de esas políticas en los '90.

A pesar de las introducciones que anclan la devastación en un tiempo más cercano, las crónicas de ambos vuelven obsesivamente sobre las consecuencias de la dictadura sobre el río, como si fuera un fantasma que es preciso exorcizar para poder escribir sobre ese espacio. No hay, sin embargo, denuncia, más que el señalamiento histórico de lo que ya resulta irrecuperable: “el río se convirtió en el emblema de una estafa” (Domínguez 2002: 9). El desafío es narrar un espacio liquidado. Si Duizeide se pregunta “¿Escribo entonces acerca de cosas muertas en una lengua moribunda?” (Duizeide 2010: 9), Domínguez se vuelve a la “otra banda” donde los embates políticos y económicos no han sido los mismos. La operación es de rescate de un mundo olvidado y al borde de la desaparición, la búsqueda de historias que permitan convertir al río en un espacio literario.

Los dos textos son reformulaciones extensivas de las crónicas que Walsh y Conti habían escrito tres o cuatro décadas atrás. Como tales, hacen proliferar los relatos y los espacios desde las islas revisitadas hacia zonas mayores. En Domínguez, la Juncal se vuelve caso testigo de todo un mundo de islas y pueblos que son como islas. La Martín García, Martín Chico y Nueva Palmira, como la Juncal, están al margen de la lógica y la jurisdicción de las ciudades. “Apartados de la civilización, en las fronteras de una selva húmeda y de apariencia inexpugnable, la ley se disolvía en el agua y a menudo los dejaba desamparados frente a las bandas de piratas que las utilizaban por refugio” (Domínguez 2002: 42).

Las islas son un espacio bifronte. Por un lado son el lugar de los proyectos desmesurados desde que Sarmiento quiso fundar allí la capital de una nación utópica en *Argirópolis*: “Si la realidad no se acomodaba a sus planes, peor para la realidad” (Domínguez 2002: 22). De la misma manera, la Juncal es “una isla que nació de la imaginación de un hombre” (35). A pesar de esa apariencia desgajada de la realidad, las islas también son, como lo eran para Conti y para Walsh, una representación del país con el que mantienen relaciones esquivas: la Martín García, por ejemplo, enlaza con la historia de las dos naciones que la disputaron –Argentina y Uruguay– de manera que es “la cerradura de un baúl capaz de contar la historia de cuatro siglos” (28). Pero las islas tienen también un lado bajo. La historia de la Martín García es también la “historia de locos, presos y soldados” (19), la Juncal es un lugar clave para el contrabando y el escenario de la desgracia familiar, incluso para la descendencia de los fundadores. Así como Walsh veía las dos caras del Delta en las cruces del cementerio, Domínguez las ve en la barra del río San Juan, donde coexistieron la residencia de los Anchorena y su importación de ciervos Axis con la venta ilegal de piel de ciervos que “Chilo” caza con sus propias manos.

Las realidad de las islas y las costas parece determinada por la naturaleza: “La vida en el río tiene reglas escritas en el agua. Cambian con la marea, el viento, las luces de la prefectura” (Domínguez 2002: 93). El río de por sí escapa a las regulaciones, mediciones, definiciones. “¿un río? ¿tres? ¿estuario? ¿Delta en movimiento? Todos sus límites son imaginarios porque su naturaleza no los conoce ni respeta” (14). Pero si la naturaleza impera, es porque no existe ninguna autoridad que pueda imponer alguna ley fuera de ella. Uno de los entrevistados por Domínguez –Evaristo– señala los peligros de la vida en las islas: “al asedio de

la autoridad se suma el de la ausencia de autoridad” (94). Esta visión también aparece en Duizeide que transcribe, en la crónica dedicada al Piya, último fabricante del vino de la costa, y a la decadencia de la Paulino, la certeza del entrevistado de que la desgracia no es natural: después del '50, significativamente después de la creciente y no simultáneamente, “muchas casas se vaciaron y la selva avanzó” (Duizeide 2010: 85).

Esa ausencia de límites, o más bien su carencia de significado, está también presente en los pueblos. De ahí su similitud con las islas, que no se detiene en el espacio reducido que da origen a comunidades cerradas. Cuando Odilio cuenta su historia de vida, también cuenta la historia de Martín Chico; la historia familiar es idéntica a la historia regional. Sin embargo, la decadencia del pueblo, que determina la ruina económica de la familia, está marcada por circunstancias que las exceden ampliamente: la tecnificación de la extracción de granito de la que viven y el abaratamiento de los costos del transporte que permite extraerlo de la Provincia de Buenos Aires. A pesar de todo, el pueblo está inserto en un orden nacional, en un orden mundial.

La crónica sobre Nueva Palmira prueba lo contrario, el aislamiento, la marginalidad del pueblo chico, e introduce otro determinismo geográfico, la frontera. Jurídicamente en territorio uruguayo, los habitantes de Nueva Palmira sólo reciben la televisión argentina: “Viven pendientes de noticias que no los incluyen y en una realidad de las que los medios no hablan” (Domínguez 2002: 69). En esa carencia de representación, que de Nueva Palmira puede hacerse extensiva a todos los espacios abordados en estas crónicas, nace el objetivo del texto: contar las historias ocultas en un territorio no explorado ni por la representaciones mediáticas –y esto es clave en el género– ni en las representaciones literarias; espacios que son, por esa razón, ajenos a las identidades nacionales. La frontera natural del río es problemática: si “por imperio de la política, un día debieron dividir dos países” (14), lo que es ajeno a la determinación política ignora su imperio. Desde la codicia sobre la Martín García – a cuya historia Domínguez le dedica una crónica– Uruguay y Argentina se cruzan en espacios que, por fuera de la ley, reúnen a las dos naciones. El río, para Domínguez, es supranacional por su calidad fronteriza. De allí que impugne a la literatura argentina – y especialmente al Juan José Saer de *El río sin orillas*– el haber ignorado la otra orilla. Y de allí que elija “Memoria y celebración” y la isla Juncal como tradición de un espacio donde se reúnen “los amigos de ambas bandas” (Conti 2009: 337). El mundo del río, aquí, no representa a una nación sino una región: el Río de la Plata como área cultural ajena a las divisiones políticas.

En el libro de Duizeide, el río es solamente argentino. El recorrido hacia la Paulino desde La Plata resulta en una serie de crónicas que configuran un relato de viajes por el Delta, sin llegar nunca a la otra orilla: el camino hacia la isla, la búsqueda de los personajes que la habitaron y, eventualmente, la reconstrucción de una isla propia, la Monte Santiago Oeste, donde las crónicas alcanzan la autobiografía. Si la complejidad de la definición genérica es un rasgo de la crónica, acá llega al extremo: a las historias de vida de los protagonistas – que a veces asumen la forma de la entrevista y a veces no– no sólo se les suma la autobiografía sino que los múltiples asedios a un espacio esquivo también incluyen las historias de vida, no de los habitantes sino de los otros narradores que han abordado el espacio a través de los cuales las crónicas rozan la crítica literaria. Lo que prolifera en el texto de Duizeide no son sólo las historias sino los géneros. El espacio del río no es doble sino múltiple y el libro se organiza de manera tal que el espacio va marcando el pasaje de una crónica a otra y de un género a otro.

Los géneros se superponen, unos derivan en los otros. A la crítica literaria, por ejemplo, el cronista llega a través del viaje: “A bordo del *Mañana*” comienza contando el viaje hacia la Paulino, pero la evocación de Conti en ese mismo espacio da paso a la crítica sobre él, sobre Walsh y, finalmente, sobre la serie de escritores regionalistas: di Benedetto, Moyano, Tizón, Juan José Hernández. Incluso en los segmentos dedicados a la literatura, las crónicas de Duizeide contradicen las versiones oficiales, un propósito que Amar Sánchez (2011) le adjudica a las crónicas. Por un lado, en la invocación de una lectura diferente: en la crítica de Walsh que lee toda su obra en función de sus últimas producciones “lo que se masaca es la complejidad

humana de Walsh” (Duizeide 2010: 53); “cuando no es ignorado, Conti suele ser mal leído” (55). La nueva lectura que aquí se propone no es sólo leer los textos de otra manera, sino hacerlo con una orientación particular: “para indagar las significaciones de cada uno de ellos en la historia de nuestra literatura y nuestro periodismo, en la historia y en la política del país. En el presente. En nosotros” (50-51). En última instancia, es leer y ejercer la crítica desde un lugar diferente, contra la especialización. El último capítulo de *Crónicas con fondo de agua*, “Mares y libros”, cruza la crítica literaria con la autobiografía, desde el inicio – “Nací junto al Océano Atlántico” (195) – hasta la recorrida exhaustiva por la “narrativa del mar” en el mundo, en América Latina y en la Argentina. A esa crónica la antecede un epígrafe de Gamero (en Duizeide 2010: 195) que cierra con una declaración de principios sobre esta forma de la crítica: “la decisión de escribir no en una jerga de especialistas o iniciados sino en un lenguaje accesible a los lectores cultos en general”. Duizeide hace suyo ese modelo pero no sólo en el uso del lenguaje, sino en la integración de la crítica literaria en los relatos de vida.

Por otro lado, el rescate de los regionalistas constituye una denuncia del unitarismo literario. Contra él, Duizeide levanta la idea que ya manejaban Walsh y Conti en sus relatos sobre las islas: la Paulino, y otros espacios reducidos, pueden ser metáforas del país, lo que le da una dimensión mayor a la afirmación que extiende al presente la denuncia de Conti en “Tristezas del vino de la costa”: “Hay cosas que permanecen iguales: el servicio de lanchas sigue siendo muy espaciado [...] y la isla sigue sin tener luz eléctrica, teléfono o sala de atención médica. Además, la escuela cerró por falta de alumnos” (Duizeide 2010: 52). Retomar la denuncia es también retomar la idea de que en la decadencia de la isla es visible la decadencia de un país.

Sin embargo, la isla que Duizeide toma como comprobación de esa idea no es la Paulino, sino la Monte Santiago Oeste, geográficamente enfrentada a la isla de Conti. Esa isla tiene una doble repercusión: enlaza con el mundo exterior y con la autobiografía. En el recorrido que trazan las crónicas, Duizeide llega a la isla autobiográfica a través de la Paulino en el sentido geográfico, material, del desplazamiento y a través de la crítica literaria, en el pasaje entre géneros que recorre todo el texto. La Monte Santiago Oeste aparece en una crónica sobre C.E. Feiling que relata la formación del escritor en el Liceo Naval situado en la isla. Allí, por fuerza del espacio, el cronista queda implicado como protagonista: “Estas aguas son peligrosas para mí por como tocan mi memoria” (Duizeide 2010: 113). Pero la circunstancia autobiográfica hecha crónica es el punto de partida del insistente vínculo –que también está presente en Domínguez- entre la Dictadura y el espacio del río: un segmento de la crónica está dedicado a indagar si el cronista convivió con detenidos durante su estancia en la isla. La autobiografía se cruza con la historia nacional y la isla con el país: “la isla no era una isla” (132). Aunque los testimonios que recolecta niegan ese hecho en particular, el vínculo persiste: “Así como por el Liceo pasaron oficiales acusados de crímenes de lesa humanidad durante su actuación en la contrainsurgencia, tampoco le faltan al Liceo desaparecidos y caídos en combate como integrantes de la guerrilla” (126).

Desde ese espacio en el que se coloca como protagonista del mundo del río, el cronista también legitima su propia voz, que queda a la par de las voces testimoniales. La idea de dar la voz a los protagonistas, a los habitantes, como una forma de rescatar lo que está oculto y a la vez de legitimar la verdad expuesta en la crónica no desaparece, pero se combina con el saber de un cronista que también, aunque brevemente, ha sido un habitante de las islas y navegante. Si en la introducción Duizeide (2010: 9) afirma que a las historias del libro “no soy del todo yo quien las cuenta”, más adelante no sólo cuenta su propia historia sino que engarza su propio saber en los relatos de los otros. Especialmente, el cronista maneja los datos técnicos que les faltan a los entrevistados: el “Loco Gatti”, un kayakista, “desconoce por completo [...] los antecedentes de la embarcación tan particular que estaba a punto de probar” (46) y que el cronista acaba de exponer. Pero el saber especializado se complementa con la experiencia, que también legitima las afirmaciones sobre la navegación a las que sirve de prueba: “Vale como ejemplo algo que me sucedió a bordo de cierto maltrecho bulk carrier” (191). El lugar de este

cronista no se limita a la intermediación, ni a la selección y organización del material sino que está absolutamente implicado, como uno más de los que cuentan su historia, aunque desde un lugar diferenciado.

El lugar del cronista es casi opuesto en el texto de Domínguez. Salvo en los escasos capítulos en los que se conserva la forma de la entrevista, el cronista se borra. Una única frase en todo el libro lo sitúa en el espacio de las islas sobre las que escribe: “La verberación de los campos entre la sombra de los árboles me obliga a entrecerrar los ojos” (Domínguez 2002: 97). No depone su voz, no sólo transcribe testimonios y documentos sino que lleva la voz narrativa pero desde un lugar externo al espacio y a las historias que se tejen en torno a él. El único otro momento en que el cronista se nombra en primera persona es significativo: frente a la historia de Ramón, que cuenta que nadó con el actor que interpretaba a Tarzán, afirma: “opté por creerle” (121). Paradójicamente, en la voluntad de legitimar la palabra del entrevistado, el cronista hace que todos los vínculos de las crónicas con la realidad se vuelvan inestables, como en la literatura hacia la que apunta esta crónica – cuyo núcleo se transformará en “La confesión de Johnny” –y las de la Juncal –con las que sucederá lo mismo en la novela *Tres muecas en mi carabina* (2002).

El vínculo con la “verdad” y la credibilidad están en el centro de las problemáticas del género. Si es verdad que los testimonios legitiman lo que el cronista cuenta porque ofrecen una versión de primera mano (Arfuch 2010), también es verdad que el cronista legitima las voces testimoniales al incluirlas como parte del texto. La sutura es inestable. Si Domínguez lo reconoce en el momento en que debe dar fe de las palabras de su entrevista, Duizeide transforma el problema en una exposición metodológica. En una de las crónicas en las que introduce a los nuevos personajes de la Paulino, la entrevistada no le permite grabarla ni tomar nota: “Lo que te acuerdes, eso es lo que te llevarás. Y lo que no te digo, imagínate” (Duizeide 2010: 92). El cronista, más adelante, resume: “Dice, recuerdo o invento, escribo” (95). Así enuncia la incertidumbre que, entonces, debería recaer sobre todo lo que escribe. A la vez, introduce una nueva problemática al comparar la imposibilidad del grabador con el método de Conti; ninguna memoria puede competir con el recuadro en el que, en “Tristezas”, Conti transcribía el relato de Ernesto Domingo Trillo sobre la crecida del ’48 “sin ninguna intervención en tercera persona del narrador” (92). Hasta aquí está en duda la capacidad del cronista para reproducir los testimonios, su propia credibilidad. Pero el problema avanza cuando también se pregunta si esas palabras vaciadas de intervención alcanzarían para hacer visible la escena que complementa al relato. También está en cuestión la capacidad de transmisión del testimonio, contra la que Duizeide reivindica – y es notorio en sus múltiples intervenciones a los largo del texto – la necesidad de una voz narradora.

Aunque el grado de intervención sobre los testimonios y el grado en que los dos cronistas se involucran en la realidad sobre la que escriben sean diversos, los dos pretenden mimetizar su escritura con las voces del río. El espacio determina el modo de contar. En Duizeide la metáfora acuática que da nombre a un capítulo – “Derivas” – se asocia con el habla de la isla, como sucede con uno de los entrevistados, Toto Lisi: “derivó hacia alguna cosa y otra y otra, como un riacho que se deshace en meandros y bifurcaciones” (Duizeide 2010: 138). Así se escriben todas las crónicas, que pasan de un tema a otro como el libro pasa de uno a otro género. Domínguez asocia el habla del pueblo a las versiones, que también retoma en sus crónicas. La base está en el chisme – “En Nueva Palmira las historias rara vez conocen una sola versión” (Domínguez 2002: 68) – que en la crónica deriva hacia un minucioso contraste y combinación de testimonios que dan forma al relato: “Lo que no vio Nelly aseguró haberlo presenciado otro pasajero” (62); “Las palabras de Ramón complementaban las de doña Julia” (53). Sea cual sea el grado de participación en la realidad que quieren mostrar, Domínguez y Duizeide convierten al río no sólo en un espacio con una historia, una identidad y una problemática particular, sino en una narrativa.

La literatura en la corriente

El espacio de las islas y las costas del Río de la Plata parece un espacio ideal para la escritura de un género que siempre se ha vinculado al intento de recuperar lo marginal, lo oculto por acción u omisión. En este caso lo marginal tiene varios significados. Los espacios abordados por los cuatro cronistas son geográficamente marginales en tanto existen en los bordes de los países a los que pertenecen, de los que dependen. Los largos y a menudo dificultosos viajes de Walsh, Conti, Domínguez y Duizeide para llegar a esos espacios son prueba suficiente del problema de la distancia.

Pero a partir de esa marginación natural las islas y las costas sobre las que escriben los cuatro han quedado económica, política y socialmente al margen del resto de la nación. La isla Cerrito es un caso paradigmático, sirve para marginar intencionalmente. Pero lo mismo es cierto para los otros espacios: las islas y las costas de Domínguez donde los pobladores sobreviven con el contrabando porque no hay otras salidas pero sobre todo porque se puede, porque no hay autoridad que lo impida; la isla Paulino carente de todos los servicios existentes fuera de ella pero con habitantes ya resignados a no canalizar los reclamos sobre los que Conti, sin embargo, insiste; los habitantes del Delta que recuerdan tiempos mejores y que imaginan un futuro promisorio aunque dependiente exclusivamente de su voluntad. Esta marginación es la que hace posible –sobre todo en Walsh y en Conti aunque en Duizeide y Domínguez también, a una escala menor– que las islas sirvan a la representación de una nación a la que se juzga en crisis. Como espacios marginales, poblados por sujetos marginados, ningún otro espacio queda tan desprotegido frente a los embates políticos y económicos. Hay un doble desvelamiento: las crónicas descubren las islas casi desconocidas porque en ellas se hace evidente lo que en tierra firme quiere ocultarse.

En el texto de Duizeide, en cambio, y aunque también aparezcan sujetos y espacios como los anteriores, lo que más se hace visible es otra marginalidad: la de la literatura dedicada al espacio del río. Domínguez también se ocupa del tema en su “Prólogo” y también coloca su libro en la tradición de Conti, pero sus crónicas vuelven a narrar el espacio. En *Crónicas con fondo de agua*, la narración del espacio, la indagación en sus personajes, es indisociable de la recopilación de y la crítica sobre otros textos vinculados a ellos. Incluso, el intento de construir un género no del todo definido, tal vez no del todo creíble, que es la “narrativa del mar” y la voluntad de insertar esta literatura del río en ella, porque “tiene muy bien merecido el nombre originario de Mar Dulce” (Duizeide 2010: 213). Las tradiciones que arman Duizeide y Domínguez son divergentes, fundamentalmente porque el primero se concentra en los contemporáneos y Domínguez bucea un poco más allá, pero comparten dos nombres: Walsh y Conti, en los que la marginalidad es más de los textos seleccionados que de los nombres. En ellos se concentra la tradición que organizan, no sólo por lo explícito –son los más nombrados y Conti es, además, el guía de sus viajes– sino, y sobre todo, por lo que se desprende de los textos: la continuidad genérica, la búsqueda de los lazos entre el mundo marginal y el resto del territorio, el interés por su geografía humana y la denuncia, o al menos el señalamiento, de la devastación de un espacio que si es marginal a la literatura, también los es en lo demás.

Corpus

Conti, Haroldo (1976). “Tristezas del vino de la costa o la parva muerte de la isla Paulino”. *Crisis*, n°36, abril: 51-57.

----- (1974). “Compartir las luchas del pueblo”. *Crisis*, n°16, agosto: 40-44.

Domínguez, Carlos María (2002), *Escritos en el agua. Aventuras, personajes y misterios de Colonia y el Río de la Plata*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

Duizeide, Juan Bautista (2010). *Crónicas con fondo de agua. Vidas secretas del Río de la Plata* (Cuadernos de *Sudestada* n°5), Buenos Aires, Peña Lillo- Ediciones Continente.

Walsh, Rodolfo (2008^a) [1966]. “La isla de los resucitados”. *El violento oficio de escribir. Obra periodística (1953-1977)* (Daniel Link ed.), Buenos Aires, de la Flor.

----- (2008b) [1969]. “Claroscuros del Delta”. *El violento oficio de escribir. Obra periodística (1953-1977)* (Daniel Link ed.), Buenos Aires, de la Flor.

Bibliografía

Amar Sánchez, Ana María (2011). *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*, Buenos Aires, de la Flor.

Arfuch, Leonor (2010). *La entrevista, una invención dialógica*, Buenos Aires, Paidós.

Ford, Aníbal (1987). “Walsh: la reconstrucción de los hechos”. *Desde la orilla de la ciencia. Ensayos sobre identidad, cultura y territorio*, Buenos Aires, Puntosur.

Matamoro, Blas (2009). “Islas en el mundo de la fábula”. *Cine y Letras*.
<http://www.guzmanurrero.es/index.php/Literatura/Islas-en-el-mundo-de-la-fabula.html>.
(consultado el 3-11-2010).

Rivera, Jorge B. (2000). “Sudeste de Conti en sus contextos y linajes”. Haroldo Conti, *Sudeste/Ligados*, Ed. Crítica de Eduardo Romano, Madrid, ALLCA XX.

“Un fantasma recorre la Paulino” en *Sudestada*, n°37, abril 2005.